

Andalusian Journal

Stefan Brijs

An extract pp (81-91)

Original title Andalusisch logboek
 Publisher Atlas Contact, 2017

Translation Dutch into Spanish
 Translator Julio Grande Morales

© Stefan Brijs/Julio Grande Morales/Atlas Contact/Flanders Literature – this text cannot be copied nor made public by means of (digital) print, copy, internet or in any other way without prior consent from the rights holders.

p 81-91

Semana Santa Málaga 2016

Ya había estado más veces los viernes en Málaga, pero nunca había oído tanto silencio de tanta gente. Las terrazas están llenas, las plazas se encuentran a reventar, en las aceras hay filas enteras de personas, pero quien habla tempera la voz, quien ríe amortigua la risa y quien bebe sólo toma pequeños sorbos. Este viernes es distinto. Este viernes es Viernes Santo. Jesucristo ha muerto este día y, por tanto, impera el recogimiento. Nadie lo evoca. Nadie se siente obligado. En la ciudad parece que pende un velo de luto bajo el que con toda naturalidad se impone a la gente el silencio.

Camino —y a veces corro— detrás de José Manuel, un joven abogado que me ha invitado a vivir un día entero las procesiones de Semana Santa a través de su mirada. Sólo así podré comprenderlo todo, me dice. Él conoce desde hace ya tiempo mi reserva hacia las dos formas más extremas de histeria colectiva y diversión popular en esta región meridional: las corridas de toros y la Semana Santa. A él le encandila la primera y le entusiasma la segunda. El lunes anterior, sin ir más lejos, ha llevado por las calles de Málaga sobre sus hombros, y sobre los hombros de los otros ciento setenta y nueve miembros de su cofradía, a Jesucristo con la corona de espinos sentado en un trono. Siete horas seguidas. El resto de los días de Semana Santa procura ver el máximo número de procesiones que puede desde primera fila. Es una labor de chinos. Me ha dado un librito con un resumen de todos los tronos y su recorrido. La primera procesión empieza casi siempre a eso de las tres de la tarde y la última termina alrededor de las tres de la madrugada, encontrándose en algunos momentos por la ciudad seis o siete comitivas al mismo tiempo. Málaga cuenta con más de cuarenta hermandades, cada una con su propia procesión, que consta de un séquito de creyentes por un día o poco más, que llevan delante una escena de la Pasión, en la parte posterior la virgen María en un trono con baldaquino, y debajo, delante, en medio y detrás los que la preceden, los costaleros y los seguidores; hay penitentes, simpatizantes, hombres, mujeres, niños, todos vestidos con los colores de la hermandad, y muchos llevan grandes cirios. Al cabo de cinco días de procesiones, las calles de la ciudad acaban resbaladizas y negras por el sudor, las lágrimas y la cera de las velas derretida y solidificada.

José Manuel me lleva por las grandes tribunas de la Plaza de la Constitución, que a las seis están aún vacías, pero que dentro de poco abundarán en altos dignatarios e invitados, además de quienes tengan dinero para pagar el caro abono semanal. Todas las procesiones pasan por aquí: se asemeja a la carpa VIP en la etapa de Oude Kwaremont de la Vuelta

Ciclista a Flandes, pero aquel que quiera vivir realmente la carrera debe mezclarse con el pueblo llano, lo que vale también para las procesiones, me asegura José Manuel mientras pasamos por delante de un hotel en el que Antonio Banderas ha reservado toda una planta durante una semana. A la estrella de cine, nacido aquí y que ha regresado también a vivir desde su separación de Melanie Griffith, la ciudad le ha canonizado ya antes de morir. Su nombre aparece en todas las conversaciones. Durante las procesiones, se asoma a un balcón del hotel y forma parte de un séquito, el de la Virgen de Lágrimas y Favores, el Domingo de Ramos.

José Manuel me arrastra hasta la Plaza Arriola, por donde justo ahora pasa la procesión de la cofradía de Nuestra Señora de los Dolores. Delante va un hombre que mantiene en alto una gran cruz de hierro forjado: la Cruz de Guía; tras él, hombres con banderas y estandartes, luego vienen los nazarenos, miembros de la cofradía vestidos con túnicas y cubiertos con largos capirotos puntiagudos de forma cónica. De nuevo me llama la atención el silencio. Sólo se oyen los pies que se arrastran. También hoy las procesiones son tranquilas. Nada de orquestas con doscientos componentes como otros días, a los sumo un par de instrumentos de viento o algunos redobles de tambor apagados, los pasos de la Muerte. Y, entre medias, de vez en cuando el sonido claro de una campana o campanilla, uno o dos tañidos con los que el mayordomo indica cuándo deben detenerse los costaleros, cuándo pueden posar el trono o volver a alzarlo. Y eso es algo que ocurre a menudo. La procesión se detiene, unos cuantos minutos; sale, avanza unos pocos metros; vuelve a detenerse durante mucho tiempo y se mueve otra vez lentamente un poco más, más despacio que una tortuga. La dirección escénica es estricta y el horario también, pues contravenirlo acarrea onerosas multas; a esta hora, la cabeza de la comitiva debe llegar a este lugar; a esa hora, la cola de la otra; de no ser así, se produciría una gran confusión y entonces Jesucristo crucificado se encontraría a sí mismo en su propia tumba.

Jesús en la cruz es también la primera figura de Cristo que veo. Está muerto sobre los hombros de ciento diez costaleros, un trono pequeño y, por tanto, ligero, de una cofradía humilde, unos setecientos miembros, me informa José Manuel. Un cuadro sencillo, sólo Jesús, si bien de tamaño natural. Su cuerpo esculpido resplandece de aceite, se le pueden contar las costillas, la sangre corre desde la herida provocada por la lanza en la que, dentro de poco, el incrédulo Santo Tomás introducirá los dedos. Esa escena la conozco desde que era niño, y también todas las demás de la Pasión pues, oficialmente, hasta el día de hoy sigo siendo católico. En algún lugar de un registro eclesiástico se encuentran mis nombres de pila. Si quisiera entrar en una cofradía, tendría que presentar esa prueba.

El trono se detiene ante nuestros ojos. José Manuel se persigna, los dedos índice y corazón estirados, el anular y el meñique doblados. Los rostros de los costaleros están aún frescos y sus miradas son claras, al menos las de aquellos que miran a su alrededor para comprobar si los están viendo; otros miran hacia delante, en trance, con la mirada perdida; unos cuantos llevan los ojos vendados u ocultan la cabeza por completo bajo un verdugo negro; también están descalzos; éstos son los auténticos penitentes, que tienen que saldar muchas cuentas con el Señor o necesitan un milagro.

Ting ting. Los costaleros vuelven a colocar los hombros bajo el trono. *Ting.* Se alza el trono con un suspiro de ciento diez bocas. La comitiva parte. La comitiva vuelve a detenerse. Parte. Para. El sufrimiento es sobre todo espera. También la acompañan niños pequeños y sus madres retozan alrededor como solícitas abejas negras. De nuevo hay nazarenos que llevan pesadas cruces de madera en lugar de cirios. Por fin aparece entonces, a lo lejos, destacando por encima de todas las cabezas, la imagen de Nuestra Señora de los Dolores sobre un trono plateado y, de pronto, se escucha un canto, un tenue canto que corta el

silencio. José Manuel me coge del brazo y me arrastra por las filas de personas que hay en la acera hasta llegar junto a la imagen de la virgen. El canto proviene de un edificio a un lado de la calle. Un convento. En la primera planta, tras una ventana enrejada, hay monjas vestidas con hábito. Cantan confortando a la Madre Virgen, que llora lágrimas de cristal. Cuento cinco monjas, una coral al unísono, las palabras escapándose a través de las rejas que agarran con las manos. Junto a una ventana contigua veo a otras tres monjas, pero están calladas. Han perdido la voz y otras facultades. Sus cabezas ya se encuentran en el cielo, mientras que sus cuerpos siguen aún en la tierra.

Cuando las últimas notas se han apagado, la corte vuelve a ponerse en movimiento, las monjas se retiran a sus mazmorras y José Manuel me hace señas para que le siga. Esta vez no está lejos, sólo a un par de calles: junto al puente que cruza el ancho río casi siempre seco. Allí se encuentra la Tribuna de los Pobres, una sencilla escalera ancha de piedra que el resto de los días lleva a los habitantes de la ciudad a una calle situada más abajo, pero que hoy se encuentra llena de expectantes espectadores de todas las edades. La panadería que está en la parte de arriba de la escalera muestra en el escaparate pilas de torrijas, pan duro puesto a remojo en una mezcla de leche, huevo, azúcar, canela y vino dulce, fritas con aceite de oliva y rebozadas en miel, un pecado dulce, alimento vigorizante para la noche.

Allí llega la siguiente procesión. Aparece por el otro lado del río. Ha caído la oscuridad y, por lo tanto, se encienden grandes focos cegadores. La Cruz Guía vuelve a ir delante. Con transmisor GPS incorporado, me confía José Manuel. Su información se muestra en los periódicos luminosos digitales que cuelgan en la ciudad por doquier para que todo el mundo sepa a cada momento en qué procesión se encuentra. Los caminos del Señor ya no son inescrutables.

El Santo Traslado pasa por delante. José Manuel vuelve a persignarse. Siete imágenes esta vez: José de Arimatea, san Nicodemo, san Esteban, María Magdalena, María de Cleofás y María Salomé, y entre todos ellos, colgando, flotando, columpiándose en lienzos, el cuerpo de Cristo. Portan a Jesús a la tumba y transportan la misma escena cruzando el puente, a hombros de ciento setenta hombres. Registro los rostros de las imágenes en mi interior. Su sufrimiento está grabado en madera. La pena hasta lo más profundo de la nervadura. En mi mente retrocedo unos cuantos siglos y donde yo estoy se encuentran los iletrados, los albañiles y los panaderos, los criados y las criadas, los simples de espíritu, a quienes iba destinado el mensaje, enseñanza visual, relatos con ilustraciones. Y yo, incluso yo, que ya hace tiempo abandoné mi religión, he de admitir que quedo impresionado por la elocuencia de esta escena que cuenta y muestra a la vez. Así pues, el sufrimiento era tan grande, casi insoportablemente grande en toda su literalidad.

Luego esperamos a Nuestra Señora de la Soledad, una obra del gran escultor barroco Pedro de Mena; al menos lo fue alguna vez, porque de todas las ciudades donde se prendió fuego a iglesias y monasterios en mayo de 1931, durante los primeros días de la Segunda República, Málaga fue la más afectada. Los anarquistas, los anticlericales, los antimonárquicos y los radicales de izquierda sembraron en veinticuatro horas un reguero de destrucción por las calles. No sólo los edificios fueron devorados por las llamas, sino también los archivos y las bibliotecas. Un periodista que escapó de la ciudad describió lo que veía desde una colina en los confines de Málaga: «Era verdaderamente aterrador, dantesco (...) El cielo veíase rojo, negras columnas de humo hacia él ascendían. Era el resplandor de las tremendas hogueras, que desde diversos sitios de la capital elevaban hacia el infinito sus llamas intensas».

Las pocas esculturas que pudieron salvarse acabaron también destruidas cinco años más tarde, cuando los mismos radicales volvieron a prender fuego de nuevo a iglesias y

monasterios al principio de la guerra civil. Con las mismas, asesinaron también a la sazón a cientos de religiosos. Por eso, sólo hay pocas estatuas en las procesiones con más de cien años; la mayoría son obras nuevas y otras son copias de originales centenarios que habían sido destruidas, como Nuestra Señora de la Soledad, de Pedro de Mena, que ahora aparece a lo lejos, al otro lado del río. ¿Cómo te imaginas la soledad de una madre que ha perdido a su hijo? Pues así: María está arrodillada ante una cruz vacía, con los brazos abiertos por la desesperación, las palmas de las manos hacia arriba, la cabeza levemente levantada, los ojos alzados al cielo y con el rostro seguramente bañado en lágrimas. Lleva un manto negro bordado en oro y, para enfatizar el vacío de su vida, no le cubre ningún baldaquino la cabeza, tan sólo la oscuridad de la noche.

Pero no se me presenta la ocasión de admirarla de cerca, pues José Manuel ha reservado mesa en un restaurante. También esto requiere hoy una puntualidad estricta. Así pues, las torrijas son para después; los limones, gruesos como boniatos, que pueden comprarse también en la carretera, deben saciar de momento la sed de otros, pues nosotros nos dirigimos a un primer plato, un segundo y vino. Pescado para mí, así sin más, me apetece; carne para José Manuel, aunque sea Viernes Santo, pues su fe es independiente del estómago.

Luego, volvemos a serpentear por las callejuelas de la ciudad. Mañana empieza el horario de verano, pero aquí se ha adelantado el reloj doce horas, todo el mundo ha cambiado el día por la noche y ha salido a la calle. Y, sin embargo, sigue reinando esa serenidad. Nada de borracheras. Nada de vándalos. Nada de extremistas que perturben estos acontecimientos. El Espíritu Santo ha descendido sobre Málaga. Más de cien mil apóstoles traen la misma buena nueva. No me gustan las multitudes, pero a esta masa de gente, de la que no se puede escapar por ningún lugar, sí que la soporto. Mi destino sigue estando, por lo demás, en manos de José Manuel. Le oigo murmurar algo sobre el amor, pero se está refiriendo a El Cristo del Amor. Esa escultura de madera es original, del siglo XVIII, y la salvaron de la destrucción hasta dos veces los miembros de la cofradía, llevándosela justo a tiempo del monasterio de los monjes agustinos y ocultándola. No debió de haber sido nada fácil, constato al ver aparecer este Cristo por Larios, la calle comercial de Málaga, que está bañada por la luz de las farolas y la cantidad de pantallas de móviles en las que se registra su entrada. Aquí ya no es necesario ningún Ensor.

Una figura pálida y frágil en la cruz. En el alumbrado público amarillo, su piel parece de finísimo cuero desgastado, se ve cada grieta, cada corte, cada martirio. Por la frente le corren hilos de sangre, el rostro demacrado exuda algo azul y no pasará mucho tiempo antes de que muera. A sus pies se encuentra Nuestra Señora de los Dolores en la misma postura que su réplica de la Soledad. Esta escena está basada en el famoso poema medieval de un monje desconocido, el Stabat Mater, representado en lienzo o musicalizado por los más grandes artistas, aquí cortado y tallado en madera.

*Stabat mater dolorosa
Iuxta crucem lacrimosa,
Dum pendebat filius.*

*Junto a la cruz, con ojos llorosos,
Estaba la madre conmovida
Mientras su hijo colgaba muriéndose.*

Triste música de viento y pausados redobles de tambor acompañan el inmenso trono de pan de oro, una pieza fastuosa por cuyo valor crematístico no me pregunto en ese momento, abrumado y aturdido como estoy. Una idea que tampoco me surge cuando veo el otro trono, en el que Nuestra Señora de la Caridad campea tras una muralla de velas ardiendo, con un baldaquino sobre su cabeza coronada en el mismo terciopelo negro —ricamente adornado con oro hilado— que su enorme cola, bajo la cual podría guarecerse todo un ejército. No puedo hacer más que quedarme mirándola con asombro y admiración.

Sin embargo, echo algo en falta, pero no me doy cuenta de lo que es hasta que lo veo, en efecto, en la siguiente procesión. Entonces ya es casi medianoche y me encuentro en una nave lateral de la catedral de Málaga, ese inmenso edificio cuyo interior nada ahora en luz eléctrica. Por el ancho pasillo llevan el trono con la escena del Descendimiento de la Cruz. José de Arimatea y san Nicodemo están en lo alto de las escaleras y se inclinan sobre el travesaño de la cruz para descolgar el cuerpo de Jesucristo con la ayuda de unos paños. San Juan Evangelista los mira, con el rostro congelado en una rara expresión de horror e incredulidad; junto a él está María, la madre de Jesús, y a los pies de la cruz lloran y rezan las otras tres Marías. *Ting ting*. El trono se detiene cerca de mí. Casi puedo tocar a los costaleros. Decenas de cabezas españolas de perfil. También ellas parecen esculpidas en su sufrimiento. Tienen arañazos profundos en la frente. Las bocas demudadas en muecas de dolor. De los ojos ha desaparecido cualquier mirada. *Ting*. Los costaleros flexionan un poco las rodillas y hacen descender el trono hasta que las patas invisibles se apoyan en el suelo. Entonces salen de debajo de su carga de madera. Oigo gemidos y quejidos, les crujen los cuerpos, les duele cada hueso, cada músculo, cada fibra. Delante y detrás del trono veo cómo los nazarenos doblados intentan mantenerse en pie aferrándose a los largos cirios, un solo empujón y se caerían. *Ting ting*. Allí van de nuevo los hombros quebrados bajo el trono. *Ting*. Allí se alza de nuevo el trono hacia las nubes. Allí se levantan de nuevo los nazarenos apoyados en sus cirios. Deben continuar hacia delante. La renuncia no es una opción. Llevan seis horas así, les quedan dos horas más. Esto es sufrimiento. El verdadero sufrimiento. En espera de la catarsis que seguirá de inmediato. Su propia resurrección.

He visto lo que tenía que ver. Ahora lo comprendo. No necesito más ilustraciones en el relato. Pero José Manuel me lleva de nuevo al interior de la noche, que está oscura como la boca de un lobo. Las luces de la ciudad se han apagado, en algún lugar hay ahora mismo una procesión en la oscuridad y ésa también quiere verla. Sin embargo, para mí ya es suficiente por hoy. De repente, la multitud me resulta excesiva. La magia ha pasado. Le digo que quiero irme. José Manuel intenta convencerme para que me quede. Él me comprende a mí como yo le comprendo a él. Un abrazo y ya se ha ido, llamado por una voz que sólo él puede oír.

He reservado una habitación justo en la linde del centro. A través del mar de gente, me abro un camino que en seguida vuelve a cerrarse a mis espaldas. Una vez pasada la Plaza de la Merced, me encuentro casi solo en la calle. A lo lejos oigo un tambor marcar el compás, un sonido que se va acercando a medida que llego a mi destino. Luego, doblo una esquina y apenas puedo creer lo que estoy viendo. Dios me pone a prueba. Una procesión está pasando por mi calle: una última escena. María tiene en sus brazos el cuerpo de Jesús. Nuestra Señora de la Piedad. También ella vuelve a casa. Éstos son sus últimos metros. Una calle más allá se encuentra la capilla en donde pasa el resto de los días del año. Cientos de personas la acompañan hacia allí con el mismo silencio de horas anteriores. Veo el alivio en

los ojos de todo el mundo. La satisfacción. La redención está cerca. Un poco más y se alcanzará.

